

Vivimos en la ciudad. Su suelo, por tanto, es el sitio en que corresponde transcurrir nuestros tiempos personales. Todavía no son habitables el espacio atmosférico, ni el ultra-atmosférico; y ya tampoco es posible vivir en las nubes, flotando en aire sin pisar tierra, como decían vivir los hombres del Romanticismo, sostenidos sobre el suelo por la fuerza impelente de amores desgraciados, que son los que realmente cuentan... en la Literatura.

Nuestras vidas —¿amores correspondidos?— discurren sobre suelo, sobre suelo urbano. Necesitamos suelo en que apoyarnos nosotros directamente y en el que se apoyen nuestras viviendas. Sin embargo, en la urbe nos ha llegado a faltar de tal manera este soporte esencialísimo de la vida, que tenemos vértigo angustioso y muy peligrosos miedos. Falta suelo, en la ciudad, en parte debido al hecho notorio de la superpoblación —y esto, con ser seria cosa, no es lo más grave. Falta suelo, demasiado suelo, en la ciudad, porque se ha convertido en el producto básico de una de las más peligrosas especulaciones del tiempo nuestro. Aunque parezca un hecho demencial, por inverosímil, hoy hay trata de suelo urbano; y no sólo aquí sino allí y allí también, ahora y desde hace demasiado tiempo ya. Triste cosa.

Hay trata de suelo como hubo trata de esclavos. Y de blancas todavía hoy. Y de negras... Toda trata le produce al hombre normal incluso males físicos, porque supone un atentado a la dignidad humana, una agresión a la persona humana.

Todos sabemos que nuestro suelo urbano —de Madrid— está sujeto a un régimen de indebida especulación. El suelo de Madrid es suelo especulado. ¿Las leyes? Haberlas, sí las hay, y tendríamos que creer en ellas, pero faltan pruebas fehacientes de su aplicación rigurosa a los solares urbanos...

Las voces acerca del aire envenenado atruenan. Pero, ¿qué voces se dan denunciando la especulación a que se halla sometida una materia tan de primera necesidad como el suelo, para el hombre habitante de ciudad?

El aire envenenado irrita nuestras mucosas, y se nos ven los ojos enrojecidos, las narices hinchadas por taponadas, la voz enronquecida... Cada vez que volvemos a casa parece que venimos de oficiar como plañideras —o plañideros— en un sonado entierro. En verdad, sólo venimos de celebrar un duelo personal por las calles de nuestra gran villa, dando a su aire el blanco de nuestros cuerpos.

En cuanto al suelo especulado, irrita tejidos mucho más sensibles de la persona humana —los complicados tejidos que componen nuestra personalidad. A la conducta desgarrada, a la violencia latente y en demasiadas ocasiones manifiesta en explosiones bestiales —poco humanas— corrobora, entre otros factores, la serie de ingratisimas situaciones debidas a la malhadada especulación del suelo urbano. Especular con el suelo no es especular con un valor cualquiera, de los múltiples que se cotizan en Bolsa, viene a ser como especular con la sal, o con el agua potable... Porque esta especulación es en el fondo responsable de la estructura no sólo material sino social de la ciudad —una ciudad socialmente demasiado desnivelada, en la que el precio del suelo urbano condiciona el surgir de viviendas de extra lujo por un lado, y de miniviviendas— por otro. Debido a este juego de intereses sobre el suelo urbano se han creado en la ciudad compartimentos estancos, y sus habitantes respectivos van teniendo conciencia de segregados los unos respecto de los otros. Una conciencia que es mal elemento de construcción para llevar a buen término la fábrica —la fabricación— de una sociedad humana plenamente coherente y cohesiva.

Quienes se sienten segregados —y de hecho lo están porque sus economías débiles no les permiten instalarse más que allí donde se instalan— están desarrollando unos ideales increíblemente falsos. Se han convertido en adoradores irracionales de esos bienes materiales que no poseen, y se hallan en situación de disponibilidad para acceder a esos bienes por cualquier vía, también por caminos intransitables para el hombre en posesión plena de su conciencia y dignidad humanas. Por otra parte, abundan los grandes poseedores de bienes materiales que carecen de bienes de otra índole —los denominados mentales, culturales, espirituales...— y así acontece que muchos de los económicamente fuertes son débiles humanamente. Estos, sin duda, no se sienten segregados de hecho, puesto que todo espacio ciudadano les está abierto, pero sí sienten en muchas ocasiones un honroso malestar, las más veces indefinible. ¿Quién piensa que hagan nada indebido porque vivan bien, porque disfruten de un rango social-espacial

sobre el suelo de la ciudad, que ganaron por sí mismos o que hallaron dispuesto al borde de su cuna? Pensarlo, acaso ni ellos mismos lo piensan, pero sentirlo —repito— sí lo sienten los mejores. Y de entre ellos surgen esos haces de personas que en inglés se denominan desajustadas. Su desajuste se traduce en un estado de inquietud, de incertidumbre, visible y palpable, manifiesto a todas luces en las calles de la ciudad por las que transitan de modo absurdo demasiadas veces. Los más jóvenes son los que exhiben una conducta más agria, más inexplicable en apariencia, pero claramente debida en ellos al hecho de habérseles convertido la inconsciente inquietud en sensación consciente de desarmonía. El alma joven tiene la piel muy sensible para lo justo y lo injusto, pero la razón y el esfuerzo todavía no bien temperados. ¿Quiero decir, en definitiva, que la especulación del suelo urbano es uno de los factores responsables de la actitud contestataria de la juventud actual? Sí quiero. En cuanto es cosa tan absurda y mala, que resulta difícilísima de tragar, y contribuye a la movilización contra... todo.

¿De qué más males es responsable la especulación del suelo? A mi ver, de cuantos hechos personales pueden tener como justificación implícita, ante quien los realiza, la conclusión de un silogismo previo acerca del suelo. El suelo urbano tiene una cotización alta. Es así que yo tengo suelo urbano. Luego yo puedo cotizar en su valor mi suelo. Pero este silogismo, como si fuera un vulgar sonetillo, tiene su estrambote, que no puede recitarse en público y que muchos deciden ignorar en privado.

Cierto, si se da por bueno que sea lícito especular con una parcela de suelo urbano ¿por qué no ha de ser lícito especular con, con, con y con todo lo demás especulable?

No estoy inventando fantasmas, y menos el de la licitud de determinadas especulaciones que tienen por base suelos humanos, aunque no sean de tierra. Señalo por ejemplo que Dinamarca —país pulido y organizado y rico— especula con la Pornografía —la mayúscula se la pongo en razón de su alta cotización internacional. Dinamarca ha suprimido de su Código Civil las leyes anti porno, en razón de un gran hallazgo: el filón porno enlaja su déficit de divisas. (Fuera de la ley de sus países respectivos se sitúan los compradores extranjeros de este material, pero allá se las hayan... ellos y sus países anti porno).

Y si al vender a un precio demencial cierto suelo urbano, el especulador castizo se cubre de millones ¿por qué no puede hacerlo? ¿Acaso no tiene derecho legal? Tenerlo, lo tiene. Pero será olvidándose de que la convivencia humana nace y vive del enfrentamiento de unos deberes y unos derechos. Por eso, el suelo urbano que es el pan de la persona, no debería poder ser trasegado —como lo está siendo— al margen de razonable taña. Esto, ante toda cosa.

Sin embargo, claro está que el suelo urbano, en nuestras ciudades y en varias-ajenas, es hoy mucho más valioso que un pozo de petróleo. Y diríase que les surge a sus propietarios en forma de chorro de oro, cuando menos lo esperaban. Pero así como el chorro de petróleo no sólo aurifica a quien le dio salida, sino además nos beneficia a todos los humanos, cuya civilización exige petróleo para sus mecanismos, el chorro de oro que mana de la venta de la urbana parcela se estanca en un círculo de personas muy reducido —salvo las excepciones que existan o puedan existir. Y esto no es laudable situación, en nuestros días.

Creo que el suelo urbano —que nos es fuerza usar a todos los radicados en una ciudad— se ha convertido hoy en un problema de muy varias facetas, y todas peligrosas. La más peligrosa —insisto— la más difícil de remediar y la que debería tener más pronto remedio, es la moral. Porque la moral sigue existiendo, y sus normas fundamentales siguen siendo las mismas del día Uno de la Humanidad. Se requieren leyes justas y puestas al día que rijan los avatares del suelo urbano. Y se requiere también la presencia, en cada hora en que se produzca una especulación del suelo, de personas justas, que sepan conscientemente qué puede hacerse y qué no puede hacerse en la vida. Lo cual implica el previo rechazo de la lizeza reinante. Los listos de nuestro tiempo son para mí el más deplorable espectáculo que brindan las calles de la ciudad —y los interiores de la ciudad. Y crean peligrosidad en torno.

El suelo urbano es, por otra parte, muy clarísimo problema de arquitectura urbanista. Esta arquitectura ve coartadas sus posibilidades por la situación del suelo. Y así, la ciudad está creciendo entre los trigos de sus cuarteles viejos, como si fuera cizaña, o amapolal, o campo de acianos entre espigas. Pero las ciudades no pueden crecer así, imprevistamente y



Era un suelo vegetal, no rico, pero las mullidas ovejas ponían sosiego en él. Luego, el espacio se hizo acreedor a la maldición del profeta Isaías (V.8):

"Mal haya quienes añadan casa a casa,
y junten campo a campo,
hasta tomar todo el espacio
y quedar por solos habitantes del país".

al azar, sino como los árboles nobles, que ya en su semilla tienen prefijado el ritmo de aparición de sus ramas y de sus hojas y de sus flores y de sus frutos. Sabe el árbol la posición debida de cada una de sus yemas. Y debería saber la ciudad la posición debida de cada una de sus construcciones y de sus vacíos de construcción —verdes vegetales entre ellas y de sus perspectivas sensatas. Si fuéramos del todo inteligentes los ciudadanos urbanos, nos someteríamos gustosos al proyecto previo y conjunto de nuestras ciudades. Y esos proyectos deben afectar al suelo, al subsuelo y al sobresuelo de cada ciudad. Es preciso que la ciudad no venga a estrellarse contra nosotros, al levantar la mirada, para ver su línea contra el cielo. No debería poder saltar la razón precio del suelo sobre la razón ciudad. Una mala ciudad —por mal crecida y mal acondicionada— invita

a ser mal habitada y es lastre peligroso para los hombres de la generación que está llegando a su plenitud y que tiene derecho a una realización satisfactoria. Es un lastre del que somos directamente responsables quienes pertenecemos a la generación inmediatamente anterior, que no ha sabido liberarse de los llamados intereses creados.

Se dice —lo dicen personas que entienden mucho más que yo de suelo, de economía —de la que nada entiendo, sea dicho al paso— y de todo lo demás— se dice que la especulación del suelo urbano puede ser remediada mediante la oferta de más suelo, incitantemente urbanizado, pero retirado del centro urbano. Pero ya se ha visto que este es remedio corto, porque a medida que la ciudad se extiende crece el valor de las zonas periféricas, y así sucesivamente. El problema es anterior y previo.

El problema es si está bien, si es lo debido, que el suelo urbano presente y el previsible en un futuro mediano e inmediato, sean propiedad particular de nadie. Porque el suelo de las playas no puede serlo. Porque los ríos tampoco pueden serlo. Ni los mares, ni el cielo-atmósfera. ¿Por qué la ciudad tiene que hacer excepción a estas normas sabias, justas y prudentes, que rigen para el cielo, el mar, el río y la playa? Hoy día, la ciudad es una necesidad natural del hombre.

La ciudad es el mar de la historia de nuestra vida. Y la playa de los naufragos del Tiempo y el río navegado por nuestro quehacer... De todos y para todos, equitativamente. Transitible. Transitible porque sea dado moverse en la ciudad. Transitible, porque el sentir no tolera ya esos desniveles sociales, que se alzan a partir del suelo urbano, y que parecen cosa de otro siglo y no de ahora. Nunca seremos iguales los hombres —sino en nuestro destino mortal— pero no es soportable que nos separemos tanto por razón de cosas materiales poco razonables...

Así como creo que la ciudad debe estar abierta para todos cuantos deseen aposentarse en su recinto —mientras quepan, y mientras se hallen dispuestos a vivir ciudadanamente— así también me parece que el suelo de la ciudad no puede ser más que de la propia ciudad, y ella debe administrarlo —disponerlo, usarlo— de modo que beneficie a la comunidad urbana. Si esto supone el reajuste de muchas cosas, reajústense. Y la primera, el concepto de lo que es una ciudad: esa comunidad de seres humanos libres —en su raíz de hombres— en donde puedan crecer humanamente todos y cada uno de sus habitantes, sin entorpecer con el propio el crecimiento ajeno, sino apoyándolo y alentándolo.

Debería empezarse la ciudad nueva por el suelo. Suelo limpio. Suelo no especulado. Debería defenderse al suelo contra esa trata que lo convierte en lo que el suelo tiene derecho a no ser.

Carmen CASTRO

Así empieza nuestro día de perros flacos, de perros cansados de antemano al salir a la calle de la ciudad, cruzando por suelo arrasado en espera de destino demasiado incierto, destino previsible como poco bueno, en general.

